



viuda Teodora revocó los edictos dados contra el culto de las imágenes é hizo condenar de nuevo la herejía iconoclasta por un sínodo que se reunió en Constantinopla. La piadosa emperatriz, que habia mandado misioneros cristianos cerca de los búlgaros, fué despojada de la tutela de su hijo y alejada del poder por su hermano Bardas, hombre ambicioso y corrompido. Éste aduló al jóven emperador, que se entregó sin freno á los más grandes desórdenes, dejando el gobierno á su tío. La corrupción y la impiedad de la córte imperial degeneraron de tal manera, que el patriarca Ignacio lanzó la excomunion á Bardas, primer autor de tales crímenes. El emperador destituyó entónces al patriarca y llamó en su lugar al lego Focio, que fué ordenado sacerdote y consagrado obispo en seis días. El papa San Nicolas el Grande protestó enérgicamente contra este nombramiento, excomulgó al intruso, que á su vez lanzó anatema contra el papa y contra la iglesia de Roma, acusando á ésta de varios errores disciplinares y dogmáticos. Focio arrastró al cisma á una buena parte del episcopado griego. Las armas griegas habian sufrido algunos reveses contra los sarracenos, bajo el reinado de Miguel III, que fué asesinado por uno de sus favoritos, llamado Basilio, y ya ántes asesino de Bardas.

Basilio el Macedónico, hombre de baja estirpe, fué el jefe de una nueva dinastía que ocupó el trono de Constantinopla casi dos siglos, y que tuvo algun esplendor, gracias al talento militar de algunos emperadores y al éxito de sus armas. Basilio I restableció la dominacion griega de una parte del Asia Menor, que arrebató á los musulmanes. Focio fué destituido; pero consiguió ganar al emperador por medio de la adulacion y ocupar la sede patriarcal.

Despues de la muerte de Basilio fué de nuevo destituido, y murió en un convento; el clero griego se sometió entónces á la Santa Sede y cesó el cisma. Leon VI, por sobrenombre el Filósofo, y Alejandro, ambos hijos de Basilio, gobernaron juntos; pero no fueron felices en sus guerras contra los musulmanes y búlgaros que asolaron varias provincias del imperio.

Constantino VII, que no tenía más que siete años á la muerte de su padre Leon VI, fué desde luego puesto bajo la tutela de su madre Zoé. Pero el general romano Lacapene separó á la emperatriz su madre, y habiendo hecho casar á su hija Elena con Constantino, usurpó el título de emperador y dió la dignidad de César á sus tres hijos. Éstos conspiraron contra su padre y le pusieron preso para apoderarse del poder y gobernar solos. Este acto de violencia les perdió; el emperador Constantino, á instancias de su mujer Elena, mandó al destierro á sus desnaturalizados hijos y tomó por sí las riendas del gobierno. Á fin de asegurar el trono á su hijo Romano II, le hizo coronar emperador y puso al frente de sus ejércitos á los dos hermanos Focas, Nicéforo, y Leon, tan distinguidos por su valor como por sus talentos militares. Los magiarses, que no habian dejado de hacer incursiones en el imperio, fueron derrotados hácia las murallas de Constantinopla, y uno de sus príncipes, llamado Gyula, que fué hecho prisionero, abrazó el cristianismo. Las armas griegas no fueron ménos afortunadas contra los musulmanes, que perdieron la Armenia y la Mesopotamia. Nuevas conquistas se hicieron bajo el reinado de Romano II, que se dejó gobernar por su mujer Teofania. Esta ambiciosa princesa colocó en el trono al general Nicéforo Focas, dándole su mano despues de la súbita muerte de su marido, al que habia sucedido en calidad de regente en nombre de sus dos hijos menores Basilio y Constantino.

Un periodo de gloria comenzó entónces para el imperio griego, que duró sesenta años: comprendió el reinado de tres emperadores, Nicéforo Focas, Tzimisces y Basilio II, que combatieron siempre en persona á la cabeza de sus ejércitos. Nicéforo Focas hizo la conquista de la Fenicia y de la Siria, en tanto que una escuadra griega quitaba á los musulmanes la isla de Chipre. Sin embargo, las violencias de que se hizo culpable le causaron su ruina; fué asesinado por su primo Tzimisces, que subió entónces al trono, gracias al apoyo que le prestó la emperatriz Teofania. Los búlgaros fueron completamente derrotados por este valiente emperador, que redujo aquel país á una de sus

CAPÍTULO III

El Oriente hasta el cisma de la iglesia griega y advenimiento de los turcos seldjucidas.— España hasta la caída del califato de Córdoba (800-1100).

Las discordias provocadas en el octavo siglo por los edictos iconoclastas de los emperadores de la dinastía isauriana, dejaron muchos vestigios en el imperio griego. El clero, y especialmente el episcopado, se habia desmoralizado; los patriarcas de Constantinopla, que habian caído bajo el poder de la córte imperial, se abrogaron la autoridad suprema sobre todo el episcopado del imperio. El cisma de la Iglesia griega quedaba ya así preparado. Además, la herejía iconoclasta contaba con un gran número de partidarios entre los funcionarios civiles y militares. La lucha política entre el ejército y el clero habia comenzado nuevamente despues de la extincion de la monarquía isauriana, y el trono se concedía casi siempre por uno ú otro de estos dos partidos. Los desórdenes aumentaron con las intrigas de una córte que ofreció más de una vez el espectáculo de la más monstruosa depravacion. Si el imperio griego conservó todavia por algun tiempo algo de su antiguo esplendor, le debió sin duda á la bravura y talento militar de algunos emperadores, y á la disolucion política del califato de Bagdad, que no estaba ya en estado de resistir á las armas griegas.

El emperador Nicéforo, electo por el ejército, no pudo defender el imperio de sus más

peligrosos enemigos, los musulmanes y los búlgaros; compró la paz del califa Harun-al-Raschid, y pereció en una expedicion contra los búlgaros que asolaban la Tracia. Ni su hijo Staurakius, ni su suegro Miguel I, pudieron mantenerse en el trono; el ejército colocó en él al general Leon V, armenio de nacimiento. Este príncipe derrotó á los búlgaros y les obligó á concluir una tregua de treinta años. Pero declarándose por la herejía iconoclasta, renovó las discordias religiosas que duraron veinticinco años. Sus violencias provocaron una fuerte reaccion contra él, y fué muerto por uno de sus generales, Miguel II el Bego, que se apoderó del poder. Más impío que su predecesor, el nuevo emperador se ensañó con la misma crueldad contra todos los que defendían la fe ortodoxa. Los sarracenos se apoderaron de las islas de Creta y de Sicilia, y dieron así un golpe fatal al comercio griego del Mediterráneo. Teófilo, que sucedió á su padre Miguel II, sostuvo una larga guerra contra los califas en el Asia Menor, pero sin poder restablecer su dominacion sobre aquel país. Dejó el trono al morir á su hijo Miguel III, bajo la tutela de Teodora, madre de este príncipe.

Las discordias producidas por los iconoclastas concluyeron á la muerte de Teófilo; su



provincias, combatiendo con el mismo éxito contra los musulmanes de la Siria. Concluyó una alianza con el emperador Oton el Grande, y accedió á dar al hijo de este príncipe la mano de la princesa Teofania, hija del emperador Romano II. Tzimisces murió envenenado, dejando el trono en poder de Basilio II, hijo de Romano II, quien le dividió con su hermano Constantino VIII. Basilio II, de edad de diez y ocho años, siguió las huellas de sus predecesores y defendió las conquistas de Asia contra los musulmanes, á quienes tomó la Media; sujetó definitivamente á los búlgaros, que habían hecho armas por reconquistar su independencia, y extendió su dominación sobre la Croacia y la Servia. La princesa Ana, su hermana, casó con Wladimir el Grande, soberano de los rusos, que abrazó el cristianismo, viniendo á ser el verdadero fundador del imperio ruso. Basilio II murió en medio de sus victorias, dejando el imperio á su hermano Constantino VIII, príncipe débil y corrompido que murió tres años despues. Con este príncipe se extinguió la descendencia en varones de la dinastía macedónica.

Las intrigas de que era teatro la corte imperial, y que no habían de terminar hasta el advenimiento de la dinastía de los Comnenos, precipitaron la decadencia del imperio griego bajo el reinado de Zoé. Las conquistas que se habían hecho en Asia se perdieron, y los turcos seldjucidas, dueños del califato de Bagdad, avanzaron hasta el Bósforo. Los búlgaros, serbios y croatas recobraron su independencia, y el mediodía de la Italia con la Sicilia cayó en poder de los normandos. Teodoro sucedió á su hermana Zoé y legó el imperio á Miguel VI, uno de sus favoritos, y éste á su vez al general Isaac I, de la familia de los Comnenos, que vino así á ocupar el trono de Constantinopla.

Las intrigas de la corte imperial habían favorecido las miras ambiciosas de Miguel Cerulario, ayudándole no poco para que ocupara la sede patriarcal de Constantinopla; entónces renovó las acusaciones formuladas en otro tiempo por Focio contra la iglesia de Roma, y se separó por completo de la Santa Sede, despues de haber sido excomulgado por el papa Leon IX.

La mayor parte de los obispos del imperio griego le siguieron en el cisma, que así se consumó, dando por resultado la esclavitud de la iglesia griega á los emperadores de Constantinopla.

La excision religiosa y política del califato al advenimiento de la dinastía de los Abasidas, produjo la rápida decadencia del imperio. El África se separó completamente del califato de Bagdad, que no tardó en dividirse en una multitud de estados, gobernados por dinastías independientes, que no reconocían más que la autoridad espiritual de los califas. Estos últimos concluyeron por ceder su poder político á los emires al Omra, contentándose con la autoridad espiritual, á la que ellos pretendían tener derecho en su calidad de sucesores del profeta. El califato de Bagdad, así dividido y debilitado, terminó por ser presa de los turcos seldjucidas, cuyos jefes obtuvieron la dignidad de emires al Omra. Esta nación belicosa emprendió de nuevo la guerra contra los cristianos, y contribuyó tan poderosamente al movimiento de las cruzadas, que ocuparon por espacio de dos siglos á la sociedad cristiana de Occidente y sociedad musulmana de Oriente.

Al-Manzor, hermano de Abul-Abbas, que derrocó la dinastía omniada, edificó la ciudad de Bagdad, sobre el Tigris, y trasladó allí su residencia. La antigua monarquía de los persas se hizo de esta suerte el centro del imperio musulmán, que llegó á un alto grado de prosperidad y de poder bajo el reinado de Harun-al-Raschid, contemporáneo de Carlo-Magno.

Este príncipe impuso un tributo anual á los emperadores de Constantinopla, despues de haberlos arrebatado el Asia Menor. Protegió las ciencias y las letras, fundó una academia en Bagdad, llamó á su corte á los sabios, poetas y artistas. El comercio prosperó bajo su reinado, y aumentó las riquezas del califato. Sin embargo, Harun no pudo mantener su autoridad en el NO. del África, donde se establecieron las dinastías musulmanas independientes. Dividiendo ántes de morir el califato entre sus tres hijos mayores, precipitó su disolución. Grandes guerras intestinas tuvieron lugar despues de su muerte. Al-Motasem, el



más jóven de sus hijos, reunió nuevamente todo el califato bajo su cetro, y organizó una guardia turca para que defendiera su persona de las agresiones de los descontentos, cuyo número iba aumentando de día en día. Nuevas revoluciones tuvieron lugar en varias provincias, á causa de los nuevos impuestos establecidos, para atender á los gastos de esta guardia y á los muy crecientes de la corte.

Los jefes de la guardia turca no tardaron en apoderarse del poder supremo, nombrando y destituyendo los califas á su antojo. En vano intentaron varios de estos príncipes quebrantar el poder de la guardia con ayuda de las tropas mercenarias; sucumbieron en esta lucha, y el poder supremo pasó de hecho á manos de los jefes de la guardia. Durante estos desórdenes, levantáronse en Egipto, en Siria, en Mesopotamia y hasta en la misma Persia, dinastías independientes.

Á principios del siglo X se creó un nuevo califato en África, el de los fatimitas. El califa Ahmet IV Rhadi, renunció al fin al ejercicio del poder temporal, invistiendo con él al jefe de la guardia, que tomó el título de emir al Omra, es decir, jefe supremo. Los califas no conservaron desde entónces más que la autoridad espiritual inherente á su dignidad. El emirato no tardó en hacerse hereditario en la dinastía de los Buidas, que reinaba en Persia, y que le conservó durante un siglo entero, sin poder restablecer la unidad política del califato. Los emperadores griegos se aprovecharon de estas discordias para arrebatar á los musulmanes una buena parte del Asia occidental, mientras que los turcos invadían las provincias orientales del califato y fundaban allí un poderoso reino.

La poderosa nación de los turcos, que dominaban en la Alta Asia desde la destrucción del imperio de los ávaros, abrazó también el islamismo á principios del siglo VIII, sin perder, sin embargo, su independencia política. En el siglo IX comenzaron los turcos á hacer sus incursiones entre el Indo y el Tigris, y á fines del X fundaron allí un reino independiente, cuya capital fué Gahzna. Mahmu I, su sultan, hizo la conquista de las Indias Orienta-

les, y extendió su dominación hasta el Ganges por el E., y hasta el Mar Caspio por O. Sin embargo, reconoció la autoridad espiritual de los califas de Bagdad y les mandó sus presentes. En sus guerras utilizó los recursos de una horda turca, que fué á fijarse en sus estados con un jefe llamado Seldjuck. Despues de la muerte de Mahmut, Togrulbeck, nieto de Seldjuck, se declaró independiente de los sultanes de Ghazna, apoderándose de una buena parte de su reino. Llamado por el califa Abdallah V, á quien había reconocido por jefe espiritual, marchó sobre Bagdad, tomó esta ciudad, y fué nombrado emir al Omra. Una nueva era se inauguró por entónces para los musulmanes, con la dominación de los turcos seldjucidas.

Las tribus berberiscas del África habían abrazado sin resistencia el islamismo que los árabes les impusieron, haciendo causa común con ellos para ir contra los griegos, que eran dueños de las costas del Mediterráneo, y contra los visigodos de España. Sin embargo, no permanecieron indiferentes á la pérdida de su independencia, sino que se apresuraron por dar apoyo á las dinastías musulmanas que se habían sustraído de la autoridad de los califas de Bagdad á fines del siglo VIII. Los edrisitas fundaron un reino independiente en la antigua Mauritania, y edificaron la ciudad de Fez, donde fijaron su residencia.

Á mediados del siglo IX se extendía este reino desde el Océano Atlántico hasta el antiguo territorio de Cartago. Un segundo estado musulmán se creó por este tiempo en este último país por la rebelión de Ibrahim, hijo de Aglab, que se declaró independiente, y fué el fundador de la dinastía de los aglabitas. Más tarde los príncipes aglabitas trasladaron su residencia de Cairwan á Túnez, hicieron la conquista de la Sicilia, y dominaron en una parte del Mediterráneo. Sin embargo, estas dos dinastías africanas reconocían todavía la autoridad espiritual de los califas de Bagdad.

Una secta religiosa, pero secreta, muy extendida entre los musulmanes, sobre todo en África, la de los ismaelitas ó alitas puros, preparó la fundación de un tercer califato, distinto de los de Bagdad y Córdoba. Los ismaelitas



negaban la legitimidad de todos los califas desde Ali, cuya familia se había extinguido y cuyos derechos habían pasado, según ellos, á personajes designados bajo el nombre de imanes, pero desconocidos hasta por los verdaderos fieles. Á principios del siglo X, los ismaelitas, aprovechándose del descontento de los habitantes de Cairwan, proclamaron califa á uno de sus jefes llamado Obeidallah, y que era, según ellos, el iman desconocido descendiente de Fátima, hija de Mahoma y mujer de Ali. Fué reconocido por todos los alitas y sometió á los edrisitas de Fez. Sus sucesores tomaron el nombre de fatimitas, extendieron su dominación sobre el Egipto y trasladaron su residencia de Cairwan al Cairo, sobre el Nilo, donde establecieron una academia para la enseñanza de sus doctrinas. Los alitas del Asia no tardaron en reconocer la autoridad espiritual de los califas fatimitas, la cual se extendía también sobre la Siria, Palestina y Mesopotamia. La decadencia de este califato comenzó en el siglo XI, cuando los califas abandonaron el ejercicio del poder político á sus primeros ministros que llevaban el título de visires. Entonces se crearon dinastías independientes en Fez y en Cairwan; los normandos expulsaron á los sarracenos del mediodía de la Italia y de la Sicilia, y los turcos seldjucidas hicieron la conquista de la Mesopotamia y de la Siria. Los califas fatimitas del Cairo conservaron sin embargo la Palestina, que no perdieron hasta la época de las cruzadas. El califato fatimita fué al fin destruido por Saladino.

La España, que era presa de los árabes á principios del siglo VIII, sufrió grandes cambios hácia mediados del mismo siglo. Creóse en Córdoba un califato independiente, y España se separó completamente del resto del mundo musulmán. Por la misma época tuvo origen en el norte de este mismo país el reino cristiano de Asturias, iniciando la larga lucha entre la España cristiana y la España musulmana para no terminar de una manera definitiva hasta el siglo XV con la destrucción del reino musulmán de Granada. Ocupada en esta lucha la nación española, no tomó apenas parte en los sucesos que tuvieron lugar en el resto de

Europa. El primer período de esta guerra terminó á principios del siglo XI con la desmembración del califato de Córdoba y formación de los reinos cristianos de Aragón y Castilla.

Las guerras intestinas entre las tribus berberiscas del África y los árabes estaban asolando á España cuando Abd-er-Rahman, último vástago de la dinastía de los Omíadas, llegó á este país y fundó un califato independiente; tomó para residencia la ciudad de Córdoba, y resistió con buen éxito á los califas que querían reconquistar á España. Pero perdió las comarcas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos, cuya conquista hizo Carlo-Magno, y no pudo someter el reino cristiano que acababa de fundarse en las montañas de Asturias y costas de la Cantabria. Tomó venganza de estos reveses oprimiendo á los cristianos que estaban bajo su cetro, gravándoles con impuestos muy elevados. Á su muerte, estalló la guerra civil entre sus hijos mayores, excluidos del trono, y su más joven hijo Hescham, que había designado para su sucesor. Esta guerra permitió á los francos asegurar su dominación en el condado de Barcelona, y á los reyes de Asturias extender su dominación hasta el Duero y llevar sus expediciones hasta las márgenes del Tajo. El orden interior fué al fin restablecido por Abd-er-Rahman II; este príncipe, guerrero y enérgico, emprendió la guerra contra los astures y francos, y trabajó activamente por el bienestar material é intelectual de su reino. Córdoba y varias otras grandes ciudades fueron embellecidas con mezquitas, palacios y escuelas. Las ciencias y las letras estaban allí en un estado floreciente, y á aquellos centros acudían los sabios y los poetas. Abd-er-Rahman persiguió con toda crueldad á los cristianos, privándoles de sus iglesias y de sus pastores.

Nuevas guerras estallaron después de la muerte del califa Abd-er-Rahman en el califato de Córdoba, que duraron sesenta años. Los gobernadores de provincias se hicieron independientes, y los califas no conservaron más que la ciudad y provincia de Córdoba. Pero el califato de Córdoba, se salvó, y llegó á un alto grado de esplendor y de gloria bajo el más ilustre de sus príncipes, Abd-er-Rahman III,



que tomó el título de Emir al Mumenin, soberano de los creyentes. Después de haber restablecido su autoridad en toda la extensión del califato de Córdoba, Abd-er-Rahman III declaró sucesivamente la guerra á los reyes de Asturias y Navarra, y llevó sus armas victoriosas hasta el otro lado de los Pirineos, en el mediodía de la Galia. Sin embargo, no pudo conservar las conquistas hechas en estas comarcas. Más afortunado fué en África: allí se apoderó de una buena parte de la Mauritania, que defendió con éxito contra los califas fatimitas de Cairwan. El emperador griego Constantino VII; Hugo, rey de Italia; el rey de Francia, Carlos el Simple, y Oton el Grande, mandaron embajadores á la corte de Abd-er-Rahman III. Este poderoso califa trabajó, aun durante sus guerras, por el desarrollo de la prosperidad interior de su reino, favoreciendo la industria y el comercio, y protegiendo las letras y las ciencias, como también las bellas artes. La prosperidad del califato de Córdoba duró hasta la muerte de El-Hhakem II, que siguió las huellas de su padre Abd-er-Rahman III.

Dos medidas tomadas por Abd-er-Rahman III precipitaron la decadencia del califato de Córdoba, la organización de una guardia y la creación de la dignidad de hadschib, ó primer ministro con un gran poder. Hescham II no tenía más que seis años á la muerte de su padre El-Hhakem II, cuando el hadschib Almanzor se apoderó del gobierno é hizo con mucha fortuna la guerra contra los reinos cristianos, que se hallaban desgraciadamente divididos entre sí. Estaba á punto de someter con las armas á toda la España, cuando fué derrotado en una batalla, que libró á los cristianos y que le acarreó la muerte. Sus dos hijos siguieron gobernando en nombre del débil califa Hescham II, pero los gobernadores de provincias se rebelaron contra ellos: estas guerras intestinas terminaron con la desmembración del califato de Córdoba, después de la abdicación del último califa omíada Hescham III. Diez Estados musulmanes independientes se formaron entonces: esta división política favoreció el engrandecimiento de los dos reinos cristianos, de Aragón y de Castilla,

que tuvieron su origen por esta misma época.

Cuando los árabes hicieron la conquista de España, los más valientes de entre los cristianos se refugiaron en las montañas de Asturias, reunidos en torno de Pelayo, pariente de Rodrigo. La población vasca de la Cantabria se libró también de la dominación árabe, y su jefe Pedro tomó el título de duque. Estos dos jefes cristianos se aliaron entre sí para combatir á los musulmanes, y los derrotaron en mil combates. Alfonso I, hijo de Pedro, casó con Ermesinda, hija de Pelayo, fundando de esta suerte el reino cristiano de los astures. Extendió su dominación hasta el Duero por el S.; su hijo Fruela fundó á Oviedo y fijó allí su residencia. Sin embargo, el nuevo reino no se constituyó de un modo definitivo hasta Alfonso II, por sobrenombre el Casto.

Conquistada por Carlo-Magno la Marca Hispánica, halló Alfonso en los francos un buen apoyo contra los árabes. El reino de los astures se hizo floreciente bajo el reinado de este príncipe, que fundó allí varias ciudades; la ciudad de Compostela atrajo bien pronto infinidad de peregrinos cerca del sepulcro de Santiago el Mayor. Los sucesores de Alfonso el Casto siguieron combatiendo con éxito á los califas de Córdoba, llevando sus armas victoriosas hasta el Tajo.

Alfonso III subió al trono á la edad de catorce años y mereció el sobrenombre de Grande, tanto por sus virtudes privadas, como por sus talentos de guerrero y buen administrador. Algunas revoluciones de los vascos le impidieron continuar la guerra contra los musulmanes. Pero después de restablecer el orden interior, se aprovechó del estado de anarquía en que se hallaba el califato de Córdoba para extender sus conquistas hasta Lisboa y Mérida. Fundó varias ciudades, y fortificó la de Zamora sobre las márgenes del Duero, y fué el principal baluarte contra los musulmanes. Sin embargo, á fines de su reinado se hicieron los vascos independientes, y Sancho I fundó el reino de Navarra, que se separó por completo del de los astures. La pérdida de la Navarra y la división del reino de los astures entre los tres hijos de Alfonso el Grande, de-



bilitaron este reino. García, el mayor de los hermanos, tomó el título de rey de Leon, y fijó su residencia en la ciudad de este nombre. Á su muerte le sucedió su hermano Ordoño II, que ya había obtenido la Galicia, y defendió su reino con todo éxito de los ataques del califa Abd-er-Rahman III; pero despues de él estallaron las guerras intestinas que dieron lugar á la division de los Estados cristianos.

La parte cristiana de España sufrió grandes cambios despues de la muerte de Ramiro II, rey de Leon. El conde Fernando de Castilla, sostenido por el rey de Navarra, se declaró independiente de los reyes de Leon é hizo hereditaria en su familia la soberanía del condado de Castilla. Hacia la misma época, el conde Borrell de Barcelona rompió la liga feudal que existia entre la Marca de España y el reino de Francia, rehusando reconocer la soberanía de Hugo Capeto. Tomó el título de conde soberano de Cataluña. La España cristiana así dividida en cuatro Estados, á saber:

los dos reinos de Leon y de Navarra, y los dos condados de Castilla y Cataluña, fué atacada y cruelmente asolada por los musulmanes, bajo la direccion de Almanzor. Las ciudades de Leon, Barcelona, Coimbra y Compostela cayeron en poder de los vencedores y fueron saqueadas; ya estaban los cristianos para sucumbir bajo los duros ataques de los musulmanes, cuando le derrotaron en una sangrienta batalla, cerca de los orígenes del Duero. Estas guerras colocaron al frente de los Estados cristianos la Navarra, cuyo rey, Sancho III el Grande, reunió bajo su cetro el condado de Castilla y el reino de Leon. Á la muerte de Sancho el Grande, sus hijos se dividieron los Estados: García, el mayor, le sucedió en el trono de Navarra; Fernando, el segundo, se hizo rey de Castilla, y el tercero, Ramiro, rey de Aragon. El condado de Cataluña pudo conservar su independecia, á causa de la rivalidad que dividió los Estados cristianos.

CAPÍTULO IV

El Occidente hasta el pontificado de Gregorio VII (932-1073).

La division política de la Francia, resultado de la larga lucha entre el trono y la nobleza, duró por espacio de un siglo, despues del advenimiento de Hugo Capeto, hasta el reinado de Luis el Craso, que fué el verdadero fundador de la monarquía francesa. Sin embargo, operóse por entónces en el estado político de la Francia un cambio de alta importancia. Hugo Capeto conservó el gobierno directo de su ducado, haciéndose hereditaria la corona porque quedó en la familia de los duques de Francia; además, á partir de esta época, los reyes de Francia siguieron la misma política, trabajando sin cesar por reunir á las posesiones directas de la corona los feudos reales que quedaban vacantes por la extincion de las familias que poseian señoríos. Los grandes vasallos de la corona se opusieron enérgicamente á esta política, comenzando la lucha entre ellos y los reyes. El trono triunfó porque tuvo poderosos auxiliares en el clero, por una parte, y por otra, á las ciudades que poco á poco se fueron declarando independientes de la autoridad de los señores, y que tenian unas constituciones comunes.

Hugo Capeto no ocupó el trono por eleccion regular: se hizo reconocer por algunos señores, entre los cuales se encontraban su hermano Enrique, duque de Borgoña, y su cuñado Ricardo, duque de Normandía.

El duque de Aquitania, Guillermo IV, se declaró por Cárlos de Lorena, tio de Luis VI; pero Cárlos cayó en poder de los Hugos y murió en una prision. Sin embargo, la autoridad de los Hugos era nula fuera de los límites del ducado de Francia. Destituyendo al arzobispo Arnulfo de Reims, que se había declarado por Cárlos de Lorena, se empeñó en una larga lucha contra la Santa Sede. Su hijo Roberto, á quien había hecho reconocer por sucesor suyo, se distinguia por una piedad sincera, pero no tenía la energía necesaria para hacer respetar su autoridad en el ducado de Francia, donde varios señores se hacian una guerra encarnizada. Despues de la muerte de su tio Enrique, duque de Borgoña, que no dejó familia, Roberto dió la investidura de este ducado á su segundo hijo Enrique; los señores de la Borgoña se opusieron á esta medida, y no se sometieron hasta despues de doce años de guerra. Las intrigas de la reina Constanza en favor del más jóven de los hijos del rey, lanzaron á los demas á la rebelion contra su padre, no pudiendo restablecer la paz hasta poco tiempo ántes de la muerte de este príncipe.

Á la muerte de Roberto I, la reina Constanza hizo proclamar rey á Roberto, el más jóven de sus hijos; pero éste cedió el trono á su hermano Enrique, sostenido por el duque Roberto de Normandía. Al subir al trono Enri-